

Presentación

La Gran Guerra y nosotros, cien años después

1914 es un año que arrastra una enorme carga simbólica desde el punto de vista histórico. Es cierto que, aunque en estos días en que se agota el año en que hemos conmemorado los cien desde el comienzo de la Gran Guerra nos cueste pensarlo tras la multiplicación de actos y publicaciones que acompañan a estas efemérides, la Gran Guerra, convertida después en Primera Guerra Mundial, convencionalmente ha sido la “hermana pobre” de la Segunda Guerra, a la que se ha prestado mucha más atención desde el punto de vista de la producción cultural pues ha recogido dos temas obsesivos como han sido el nazismo y el Holocausto. Sin embargo “el 14”, en cuanto fecha históricamente connotada, alberga como decíamos una carga simbólica mayor como final de una etapa y principio de otra nueva en la historia. Algo que no sucede, al menos no del mismo modo, con 1939, año del estallido de la Segunda Guerra Mundial con la que se cerraría el periodo que, entre otros, Enzo Traverso, en un libro que aquí comentamos, ha llamado la Guerra Civil Europea (1914-1945).

El 14 marca nada menos que el tránsito del viejo optimismo positivista al pesimismo neopositivista y tres o cuatro proyectos, potentes todos, de reconstruir la Razón. Desde los de Freud o Pareto a los de Wittgenstein, Mannheim, Scheler o Lukács. Dos libros capitales como el *Tractatus lógico-philosophicus* de Wittgenstein e *Historia y conciencia de clase* de Lukács fueron escritos, literalmente, en las trincheras de la Gran Guerra. El 14 acaba con los vestigios tambaleantes de algunos viejos imperios, mientras otros sentarán las bases de su transformación profunda y fortalecimiento, como el imperio ruso, o emergerán en la escena internacional como nuevas potencias, como los Estados Unidos. El 14 marcará el fin de las guerras viejas y el principio de las nuevas, con nuevos instrumentos y tecnologías (como las armas químicas, por ejemplo, o el submarino) que atormentarán al mundo con las más dolorosas imágenes (y este es otro punto de inflexión, las imágenes) de la destrucción. De la Gran Guerra emergieron nuevas fronteras nacionales y el nuevo sistema de estados europeos que implicó cambios profundos en la política de los estados respecto del control

soberano del territorio y las políticas de control de fronteras (del mapa político resultante de la Gran Guerra surge por primera vez, desde un punto de vista moderno, el problema de los refugiados) que habrían de configurar el *homo nationalis* y definir, hasta hoy, la condición de extranjero. El 14 marca, en fin, el momento álgido e inflexión decisiva para algunos de los *ismos* definidores del siglo XX: socialismo, nacionalismo o feminismo.

La Gran Guerra nos ha sido presentada también muchas veces como un paréntesis de pesadilla entre dos épocas de sueños dichosos, los quince años inmediatamente anteriores al estallido de la contienda y los felices años veinte, casi inmediatamente posteriores a ella. Como si hubiera venido a dar la razón al viejo Tocqueville cuando, a propósito de la Revolución en Francia (por cierto, la Gran Revolución), decía “Nunca como en el siglo dieciocho se habían predicado con tanta insistencia, ni al parecer habían sido tan bien acogidas, la tolerancia en materia de religión, la moderación en el mando, la humanidad e incluso la benevolencia; el derecho de guerra mismo, que es como el último asilo de la violencia, se había restringido y dulcificado. ¡Y, sin embargo, del seno de unas costumbres tan moderadas iba a surgir la más inhumana de las revoluciones! No obstante, toda esa suavidad de las costumbres no era falsa apariencia, pues, al mitigarse el furor de la Revolución, esa misma templanza se difundió inmediatamente por todas las leyes y penetró en las costumbres políticas” (*El antiguo régimen y la revolución*). Y, sin embargo, hemos decidido agrupar los estudios que a continuación ofrecemos bajo el título general de “La Gran Guerra y nosotros”, ¿por qué?

La historiadora Margaret MacMillan cuenta en algún pasaje de su casi best seller *1914. De la paz a la guerra* que aún poco tiempo antes de ponerse a escribirlo no veía la razón de hacerlo, que el tema estaba ya muy trabajado y que cuando recibió el encargo editorial en un principio se resistió a hacerlo, pero que después no podía dejar de pensar en aquella guerra... ¿Por qué –más allá de la evidente oportunidad editorial- nos seguimos acercando a la Gran Guerra y a la Europa de 1914? ¿Qué es lo que no hemos terminado de comprender bien de aquellos años? ¿Qué queda de aquel mundo? ¿Por qué sigue siendo tan importante para nosotros -que nos llama casi íntimamente- el estallido de aquella guerra? (preguntas que en este número de *SH* hemos querido hacerle a Saskia Sassen).

Philipp Blom, en su espléndida historia cultural de Europa de los primeros 15 años del siglo XX, *Años de vértigo*, contribuye a alimentar esta inquietud. Capítulo a capítulo, año a año, pretexto a pretexto, el fantasma del pasado asoma:

“Hoy, el periodo anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial suele considerarse una época idílica, los buenos viejos tiempos, una *belle époque* celebrada en películas de decorados fastuosos entre los que se movía una sociedad elegante, y hasta entonces intacta, a punto de quedar ahora reducida a añicos por las fuerzas que la empujan inexorablemente hacia el desastre. Según esta lectura de los hechos, después de 1918 el fénix de la modernidad resurgió de las cenizas del viejo mundo.

» A la mayoría de los que vivieron alrededor de 1900, esta visión nostálgica, con el acento puesto en la solidez y la gracia, les resultaría sorprendente. Hasta ese momento, su experiencia de esa época no estaba embellecida por el recuerdo. Fue más cruda, y estuvo marcada por fascinaciones y temores mucho más cercanos a nuestro tiempo. Entonces como ahora, en las conversaciones y en los artículos periodísticos se hablaba del veloz avance de la técnica, de globalización, de los progresos en el ámbito de la comunicación y de los cambios que afectaban al entramado social; entonces como ahora, dejaba su sello en la época la cultura del consumo de masas; entonces como ahora, la sensación de vivir en un mundo en imparable aceleración, de estar lanzándose a lo desconocido, era arrolladora”.

Desde SH hemos querido conmemorar también los cien años del estallido de la Gran Guerra, con nuestro enfoque y nuestras herramientas propias: el pluralismo teórico, metodológico y narrativo de los estudios que publicamos. Nos hemos querido acercar al 14 desde la historia, la historia de las ideas sociales y políticas, la historia de las mujeres; desde la estética, la literatura y las artes, la fotografía y el cine. Y, claro está, desde la sociología; disciplina en la que la Gran Guerra también dejó su huella: Durkheim, quien murió en 1917, antes del fin de la guerra, jamás se recuperó de la pérdida de su hijo (y de algún modo discípulo) en las trincheras del frente polaco, y la experiencia de la guerra le hizo reflexionar sobre su concepción del Estado (para dar cuenta de esto hemos reeditado un ensayo clásico de Luis Rodríguez Zúñiga, viejo maestro cuya memoria queremos honrar recuperando aquellas páginas); a indagar sobre la influencia que en el joven soldado Norbert Elias –uno de los clásicos de referencia para SH- ejerciera su paso por las trincheras dedicamos también bastantes páginas; la visión que de la política tenía Max Weber, gestor de un hospital de campaña durante la contienda, quedó determinada por la experiencia bélica y la derrota de Alemania hasta el final de sus días. Ante un auditorio abarrotado de estudiantes en la ciudad de Múnich Weber dictaría, en 1919, su conferencia “La política como vocación”, advirtiendo sobre el final de la inocencia: “También los cristianos primitivos sabían muy exactamente que el mundo está regido por los demonios y que quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el

poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo, de tal modo que ya *no* es cierto que en su actividad lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente ocurre lo contrario. Quien no ve esto es un niño, políticamente hablando”.

Equipo editorial, *Sociología Histórica*.